

“NACER DE NUEVO” EXPERIENCIA ESPIRITUAL Y PASTORAL EN LA ELABORACIÓN ARTÍSTICA DEL ICONO PARA LA CLAR

Cristina Hereñú¹

Resumen

El icono “Nacer de nuevo” surge de un proceso de escucha, discernimiento y experiencia espiritual compartida. Los íconos, vinculados a la historia de la Iglesia, ofrecen un lenguaje accesible y profundo que convoca a la comunidad a mirar, discernir y actuar. En este caso, motivado por el deseo de acompañar el caminar de la Vida Religiosa en América Latina y el Caribe para los próximos tres años.

La práctica de la *Visio Divina*, basada en la *Lectio Divina*, nos permite sumergirnos en la contemplación que da origen a las imágenes: no se trata de adornar superficialmente un lema o una inspiración, sino de expresar una experiencia comunitaria a través de colores y formas que conectan lo visible con lo trascendente. En el icono “Nacer de nuevo” se representa la noche para aludir a la violencia y la desesperanza, usando tonos violetas y azules en la parte superior para expresar esa oscuridad.

Nicodemo simboliza a quienes, aunque formados, deben dejarse sorprender y abrirse a lo nuevo. Tiene la capacidad de reconocer los signos, pero aun así le resultan insuficientes. En la imagen, los verdes y azules de las montañas, el follaje y el agua sugieren esperanza, sanación y calma mientras que los colores cálidos, amarillos, naranjas y ocre, transmiten calidez y encuentro en entornos que nos resultan familiares: el barrio, la ciudad, el campo y la periferia.

¹ Ilustradora y Técnica Superior en Promoción Comunitaria. Actualmente trabaja como Directora del Centro de Espiritualidad Mercy en Bella Vista, Buenos Aires, el cual pertenece a la comunidad de Hermanas de la Misericordia de las Américas. Desarrolla tareas de comunicación y diseño visual para la comunidad de los Misioneros Pasionistas de Argentina y Uruguay.

La invitación es nacer de nuevo para ver el Reino: un encuentro personal que impulsa a escuchar, discernir y actuar con creatividad y audacia para mirar con esperanza y actuar por la dignidad de toda persona y por la Casa Común, desde la centralidad del encuentro y de la vida que sigue irrumpiendo en medio de tanta oscuridad.

Palabras clave: Lenguaje simbólico, *Visio Divina*, Contemplación, Signos o señales del Reino, Nacer para ver.

La invitación a traducir en imagen la experiencia de la Vida Religiosa en América Latina y el Caribe, inspirada en una cita bíblica, es un desafío que convoca a escuchar más que a hablar. Hace muchos años, la CONFAR (Conferencia Argentina de Religiosas y Religiosos) me ha confiado, en múltiples oportunidades, la tarea de ilustrar el lema del trienio; ese compromiso se amplifica al imaginar la inmensa diversidad de símbolos e imágenes que expresan las realidades que acompaña la Vida Religiosa de nuestro continente.

La imagen que provoca estas líneas nace de un proceso de silencio, escucha y discernimiento compartido, que busca traducir en lenguaje simbólico el caminar de la Vida Religiosa en nuestra región.

La iconografía, entendida como lenguaje de fe, se ha convertido a lo largo de la historia en puente entre lo sagrado y lo cotidiano, entre lo local y lo universal. En momentos de crisis social, los íconos ofrecen un lenguaje accesible y profundo que convoca a la comunidad a mirar, discernir y actuar. En ese sentido, la función pastoral de la iconografía se traduce en un lenguaje sacramental que acompaña la experiencia de fe mediante símbolos que todas las comunidades pueden entender y vivir.

Como punto de partida, la práctica de la *Visio Divina* ha sido, a lo largo de los años, una de las muchas formas de conexión con lo sagrado a través de la contemplación de imágenes. Basada en los principios de la *Lectio Divina*, la *Visio Divina* es la contemplación lenta y reflexiva de una imagen, foto, paisaje, obra de arte o cualquier objeto visual que invite a Dios a hablar de forma más profunda. En esa tradición se enmarca la realización de cada una de las imágenes que han acompañado los lemas

a lo largo de estos años. En la contemplación y el silencio, la composición emerge a partir de un prolongado proceso interior que desencadena la aparición de imágenes, colores, formas y texturas que surgen de manera desordenada y confusa.

Pero no se trata de forzar una armonización ornamental o un “detallito” que acompañe un lema. La imagen es el resultado de una experiencia espiritual cuyo fin es la expresión de una vivencia comunitaria; el reflejo gráfico de un proceso de silencio y escucha, de oración y contemplación, donde los colores y las formas son herramientas de conexión con lo trascendente que nos permiten visibilizar —de forma limitada e incompleta— la experiencia de lo invisible.

Un recorrido por la imagen:

Nacer de nuevo

El texto sitúa a Jesús y Nicodemo en un escenario muy preciso: la noche. Una imagen potente que sumerge en un clima especial. En la noche, los sentidos se agudizan; los detalles no están a la vista, por lo tanto, es necesario enfocarse bien para avanzar con precisión. No es muy diferente de la experiencia de acompañar realidades en medio de nuestro pueblo: la noche de la violencia, la desesperanza, la deshumanización, la destrucción de nuestra Casa Común. Las transiciones de colores violetas, azules y morados ocupan el tercio superior de la imagen, transmitiendo esa atmósfera de oscuridad que nos rodea en estos días.

Nacer del Espíritu

Nicodemo era funcionario, una persona preparada e instruida que conocía la ley y las enseñanzas, con capacidad de asombro para reconocer señales en medio del pueblo que le confirmaban que Jesús venía de parte de Dios. Sin embargo, no le bastaba para entender lo que estaba sucediendo, y las preguntas amenazaban su sistema de seguridades. Algo parecido nos sucede en estos días: vemos signos en realidades periféricas en cada uno de nuestros pueblos y comunidades. Destellos del Reino en mujeres, niñas/os, jóvenes, pueblos indígenas, que están en nuestro horizonte

cargados de señales de vida; también están en el centro de nuestras preguntas: ¿Cómo resistimos y nutrimos la esperanza en medio de un sistema que fomenta el individualismo, la intolerancia y el poder del mercado por encima de la vida humana y de la creación entera?

Los verdes y azules de las montañas, del follaje y del agua simbolizan la sanación, la esperanza y la calma; los amarillos, naranjas y ocres conectan con la calidez, la alegría, la cercanía y la pasión propias del encuentro y del vínculo con lo que nos rodea. Símbolo de esos signos de esperanza —en medio de la noche— son las siluetas amarillas y ocres del centro de la imagen que, junto a la presencia del Espíritu, expresan corporalmente en actitud celebrativa confirmando que esos signos vienen de Dios. Necesitamos escuchar nuevamente la invitación a nacer del Espíritu.

Nacer para ver

El texto también nos habla de un movimiento, una acción: Nicodemo busca, se mueve, arriesga sus seguridades para provocar el encuentro. Solo en la intimidad de un mano a mano nos atrevemos a desnudar nuestras inseguridades y cuestionamientos, aquello que a plena luz del día nos cuesta o avergüenza reconocer. Jesús no pone condiciones para el encuentro y, de inmediato, revela una clave: es preciso nacer de nuevo para ver el Reino. Nacer para ver los signos del Reino, los que están y no percibimos, los que necesitan que hagamos un movimiento que rompa modelos y estructuras para descubrir, de forma creativa, nuevas respuestas a preguntas que nos acompañan desde hace mucho tiempo.

El encuentro está en el centro. La revelación nos saca de la oscuridad, como la luz que va definiendo los contornos de quienes dialogan en la intimidad, poniendo claridad en lo que aún permanece en la sombra. Amarillos vinculados a lo divino y azules en la transición de la oscuridad a la luz completan la centralidad de la imagen.

La circularidad: desde el centro surge la vida

Finalmente, la imagen se completa con la circularidad: desde el centro surge la vida. Un brote pequeño, en apariencia frágil como cada semilla

“Nacer de nuevo” experiencia espiritual y pastoral

que se rompe para germinar en la oscuridad de la tierra. Toda la potencia se desborda desde esa primera ruptura. Como en el útero de la mujer, la vida se va gestando lenta y progresivamente hasta el momento donde es necesaria la ruptura para que se produzca el nacimiento.

A modo de conclusión

La imagen, como lenguaje sacramental, invita a la Vida Religiosa a mirar con esperanza, a discernir con claridad y a actuar con creatividad. En cada gesto de comunidad, en cada encuentro pastoral, la experiencia de nacer de nuevo se actualiza en el servicio a la Casa Común y a la dignidad de cada persona.

Los colores y las formas en su conjunto nos invitan a contemplar ese proceso silencioso y muchas veces doloroso que tienen los nacimientos.

Que tengamos el coraje de Nicodemo para buscar la intimidad con el maestro que —en medio de la noche de nuestro tiempo—, nos sigue invitando a nacer de nuevo.